

OVEJAS NEGRAS

Clemente Zúñiga Jiménez

Todos los derechos reservados.

Código: 1502193288566

19-feb-2015 16:58 UTC

A las mujeres que me inspiraron.

*Los nombres y sucesos que se narran en esta historia son ficticios,
cualquier parecido con la realidad es pura casualidad.*

PRÓLOGO

No merezco ser feliz. No merezco ver en color, ni oler lo agradable. No merezco los sonidos que me hacen experimentar la euforia, la melancolía, la alegría o el dolor. No merezco palpar la suavidad de la lana y el algodón, ni la brisa del aire, ni el bienestar del agua caliente...

Merezco el gris y el negro. Merezco olores podridos y solo aquellos que en extremis me hagan tener nauseas y echar las tripas por la boca haciéndome recordar lo que nunca debí hacer. Solo merezco aullidos alrededor mío, gritos que me acusen, bufidos lúgubres que me sometan a la más estridente soledad y al único abrazo de mis brazos, rodeándome para evitar que la brisa fresca me roce. Merezco sabores amargos de texturas picantes que me hagan arder el esófago y me corroan el estómago. Y no sentir jamás el placer de un abrazo amigo, ni de un beso que acaricie mi piel, ni las embestidas maravillosas del sexo...

Merezco dormir con una escopeta en el armario, bien cerca de mí, por si he de utilizarla cuando el pánico no me permita vivir ya más. Merezco que no me llamen “madre”, porque hasta ese privilegio perdí cuando cometí mi acto cruel. Merezco fustigarme bajo la ducha y dejar huellas recordatorias en mi piel.

Porque nadie es nadie para acabar con los sueños de nadie. Porque nadie es nadie para rasgar la tela del futuro de nadie.

No merezco nada, pero por Dios que necesito sentir.

Dejadme sentir. Apartad vuestras miradas reprobatorias y permitidme amar una sola vez más...

CAPITULO 1

VICTORIA

1

Huele mal. No sé si se debe a la gente que va encerrada conmigo en este autobús o si es algún tipo de olor que ha quedado dentro de mi nariz. Si es así, no tengo ni idea de a qué se debe, cuánto tiempo lleva acompañándome o si alguna vez desaparecerá.

Intento ponerme lo más cómoda posible, aunque llega a ser un acto casi utópico; la estrechez entre los asientos no da demasiada tregua. Escondo mis ojos bajo las gafas de sol de los noventa y miro a través de la ventanilla. El paisaje corre trepidante sin dejarme segundo alguno para fijarme en los detalles. Estoy tan mareada y hambrienta que llego a dudar sobre si soy yo la que se mueve dentro del transporte o si lo son verdaderamente los árboles que voy dejando atrás. Cierro los ojos e intento dormir. La culpa no me lo permite, jamás me lo permitirá. Estoy perdida.

Absolutamente perdida...

Por eso subí a este autobús, para que me lleve a lo único que conozco, a lo único que podría salvarme, a lo único que podrá recordarme a mí misma: mi ciudad.

2

Llegamos media hora más tarde de lo previsto, aunque temprano en función de lo que he venido a buscar. Contemplo como los pasajeros que me han acompañado en este viaje material se aceleran para coger las maletas e ir al encuentro de los seres queridos que les esperan ansiosos por abrazar, por besar. Yo no tengo maleta, solo una bolsa de

deporte en la que guardo lo poco que me pertenece. Tampoco abrazo a nadie, porque no hay nadie esperándome, nadie a quién abrazar, nadie a quién esbozar una sonrisa, nadie a quien poder contarle que el viaje ha sido una auténtica pesadilla... Nadie.

Al salir de la estación algo cambia, no mi ánimo, ni mis ganas de morir, pero sí algo bajo mis pies. Estoy pisando el suelo de Granada, la tierra en la que nací, la tierra en la que crecí, en la que amé a mis padres, a mi hermano y en la que conocí a mis amigas... La tierra en la que cometí la mayor estupidez y el acto más cruel que pueda cometer una persona a lo largo de la vida. Quiero morir porque simplemente no merezco vivir, quiero morir y lo espero desesperadamente, lo anhelo y rezo para que suceda lo antes posible, pero aquí, en mi tierra, bajo mis pies... algo ha cambiado.

Me llamo Victoria. Busco redención.

3

Cincuenta euros en un billete y cinco o seis en monedas es todo con lo que cuento para comenzar lo que espero sea mi nueva vida... Aunque ahora mismo lo primordial es buscar un sitio donde poder pasar la noche. Evidentemente no tengo lo suficiente para un hostel, tal vez si acaso para varias comidas y un par de paquetes de tabaco; he dejado atrás muchas adicciones, pero siempre sería bueno mantener alguna que me calmara la ansiedad. Andando por las calles de la localidad que me parió, solo se me ocurre pedir asilo a la única persona que me queda en el mundo. Mis padres murieron unos diez años atrás, ya casi no llevo la cuenta, pues todo me parece tan lejano y onírico, que mi consciencia fue dejando paso únicamente a los acontecimientos del presente.

No sé si hago bien buscándole, la verdad. Solo pensarlo me crea acidez. No estoy segura de que me abra la puerta y mucho menos de que me deje entrar, pero a fin de cuentas, también es mi casa, y lo más importante: llegado a este punto no tengo nada que perder.

Pues bien, sin querer darle demasiadas vueltas y siguiendo a mis piernas, me detengo delante del edificio que albergaba el hogar de mis progenitores. Cruzo la calle con esfuerzo, aprovecho que el portal está abierto para entrar y subo las inacabables escaleras. Cuando voy por la mitad, una mujer mayor a la que reconozco perfectamente, me pide paso con la mirada. El pasaje es demasiado estrecho. Cuando me tiene frente a ella, se me queda mirando quieta, casi atemorizada. Sé que va a hablar, sé que va a preguntarme cosas y me da mucho miedo lo que pueda salir por mi boca. Necesito controlarme y esquivarla como mi cerebro me dé a entender.

— Perdone —. Me dice. ¡Lo sabe! — ¿Nos conocemos de algo?

— No —. Le miento.

— ¿Seguro? — inquiera la señora examinando mi rostro con duda.

— Seguro —. Afirmo.

Ahora sí siento un temor que recorre todo mi cuerpo, desde mis enclenques piernas hasta la oculta nuca por efecto de mi media melena cobriza. Comenzar una nueva vida en mi caso implica que no debe reconocerme quien yo no quiera que me reconozca. Mis vecinas siempre fueron demasiado chismosas y extremadamente crueles como para dejarte vivir en paz, y eso en estos momentos es lo que menos necesito.

— ¿No eres tú la hija de Luisa? ¿La del sexto? — vuelve a preguntarme.

— Le digo que no, señora. Solo vengo a ver a un amigo.

— Te pareces tanto a ella..., aunque claro, era un poco más gordita y seguro que eres más mayor de lo que ella será ahora. Pobrecilla esa familia, que desgracia... Hay que ver lo que sufrieron esos padres por su culpa. Los llevó a la tumba.

Y haciendo una mueca de desagrado, continua su camino hacia abajo dejándome impávida, dolorida y pequeñita como el botón de la manga de una camisa, pegada a la pared y preguntándome si no es el momento perfecto para colocarme sobre la barandilla y tirarme por el hueco de estas putas y estrechas escaleras. Estoy ya acostumbrada a ese tipo de comentarios, a ese tipo de acusaciones, pero jamás logré que no llegaran a afectarme.

Sigo subiendo, peldaño a peldaño, pasito a pasito, siendo consciente de que tal vez sea mejor no llegar al final. Llevo años sin hablar con mi hermano y cuando lo hacíamos, terminábamos inevitablemente presos de una pelea. ¿Por qué iba a ser distinto ahora?

Y con los pensamientos lógicos de la negación, toco al timbre y espero, deseando que no lo hayan escuchado.

Pero sucede. Abren la puerta y frente a mí encuentro a la sangre de mi sangre. ¡Qué guapo está el granuja! Tiene diez años menos que yo y solo nos hemos visto en contadas ocasiones a lo largo de veinte. Está aquí, tan cerca como para poder abrazarle y a la vez tan lejos, que decido no hacer nada a la espera de su reacción.

— Victoria —. Dice casi sin mover los labios.

Me ha reconocido en seguida, así, sin más. Yo no hubiese sabido quién era él si me lo hubiera cruzado por la calle. ¡Pero él sabe quién soy! Recibió mis cartas. Recibió mis fotos...

— ¿Cuándo has salido? — me pregunta poniéndose un tanto nervioso. Lo noto con total claridad.

— Hace unos días —. Le contesto haciendo un verdadero esfuerzo para no ponerme a gritar.

— Vaya...

— ¿Puedo pasar?

— Creo que es mejor que no —. Aquí estaba la respuesta vaticinada. Una respuesta repleta de negaciones.

Y me niego a ser negada.

Haciendo acopio de un gran valor, me adentro en la casa a sabiendas de que mi acción podrá inquietarle... No aparece una hermana yonqui todos los días después de tantos años... Eso sí lo comprendo, no soy tan burra. Se necesita al menos un tiempo prudencial para hacerse a la idea. Pero él es mi única familia y estoy dispuesta a recuperarla.

— Te recuerdo que el piso es de los dos —. Le digo mientras ando y le escucho cerrar la puerta.

Llego al saloncito y a todos los recuerdos de mi infancia.

— Prácticamente está todo igual —. Me emociono.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

